

Teresa Ortiz-Tagle

Javier Cosnava

**EL ASESINO DE
ALCASSER
(Y LA NAVAJA DE OCCAM)**

Antonio Inglés, el supuesto asesino de las niñas de Alcasser, ha sido finalmente detenido tras casi treinta años de fuga. Pero los misterios en torno al caso no han hecho más que comenzar.

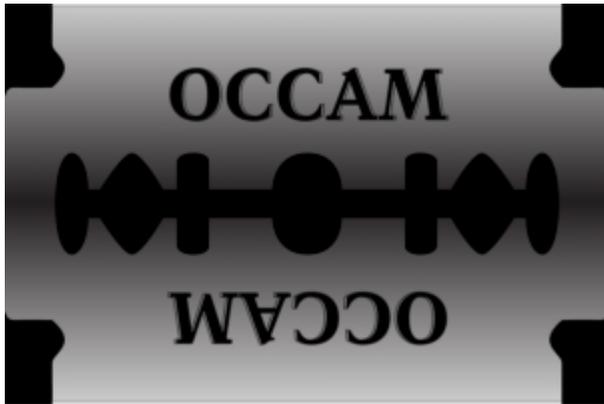
Una novela protagonizada por dos mujeres, la periodista Gloria Goldar y la forense Alessandra Campi... y por el propio Antonio Inglés.

Un thriller fascinante, clarificador y cuyo final pocos podrán anticipar.

Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

EL ASESINO DE ALCASSER

(Y la navaja de Occam)



Tercera edición digital: mayo, 2019

Título original: *El asesino de Alcasser (y la navaja de Occam)*

© 2018 Javier Cosnava (AKA Javier Navarro Costa)

© 2018 Teresa Ortiz-Tagle (Sofía Espinosa Alonso)

Portada: fotografía libre de los derechos de autor bajo Creative Commons CC0.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

La explosión de ira se produjo activada por los tres ataúdes que contenían los cuerpos sin vida de Miriam, Toñi y Desirée.

El pueblo clamó justicia, aunque en realidad exigía venganza; y pidió, claro, un castigo adecuado para los culpables.

(El País, Crónica Negra)

PRÓLOGO

UN DÍA CUALQUIERA

Era un día cualquiera, un día triste y anodino de julio en Madrid. No podía imaginar que estaba a punto de revivir la peor de mis pesadillas, o que el destino había decidido incluso componer nuevas pesadillas, de raras formas, que me perseguirían durante años en mis sueños.

En aquel día cualquiera, en aquella velada monótona que no presagiaba cambios y aún menos la mano negra de ese destino cruel, Rubén depositó su famoso arroz con leche casero sobre la mesa. Me guiñó un ojo. Nuestras cenas siempre concluían con su arroz con leche, con una masa pastosa que tres años atrás me había parecido una delicia con finos aromas de canela, pero que ahora, acaso por comerla tan a menudo, se había convertido también en hastío, en un mar de repeticiones, como nuestra relación.

– Pareces triste – dijo Rubén, dando un bocado a la masa pastosa.

En la televisión emitían un documental sobre Fred West, el asesino en serie que, ayudado por su esposa, mató a doce mujeres y las emparedó en diferentes muros y estancias de su casa. A menudo, por deformación profesional seguramente, veía aquellos programas. Aunque fueran escabrosos, me ayudaban a entender la mente de ciertos criminales. Yo tenía los ojos clavados en la emisión, pero esta vez no prestaba atención al programa. Tenía la cabeza en otra parte. Y Rubén se había dado cuenta.

– Estoy abstraída en mis cosas. Hemos tenido mucho trabajo últimamente.

Pero esto último no era verdad. En la Asociación Egeria teníamos mucho trabajo, pero como siempre. Ni más ni menos. Ayudábamos a mujeres sin recursos en casos laborales o penales, asesorábamos a muchas otras en mil temas y nuestra labor social se extendía por toda la península. Luchábamos contra la violencia de género, la discriminación de la mujer e incluso perseguíamos injusticias procesales como en el caso de feminicidas que habían quedado impu-

nes. También nos personábamos como acusación particular cuando la situación lo requería o investigábamos casos sin resolver como el de las ocho chicas que habían desaparecido en Badalona unos años atrás.

– ¿No estarás pensando en las Ocho de Badalona? Me dijiste que dejarías de lado esa obsesión, Gloria.

Aquel caso me había desquiciado por completo durante una década al menos. Tal vez por eso había decidido poner el documental sobre Fred West, tratando de discernir qué tipo de monstruo se las habría llevado. ¿Un hombre de aspecto corriente, con esposa e hijos? Nadie lo sabía. Luchando a brazo partido por encontrar al culpable llegué a la cúpula de la asociación y finalmente a presidirla seis meses atrás. A pesar de que nunca se efectuó ni una sola detención y aquellas ocho chicas seguían desaparecidas.

– Para nada. Todo eso quedó atrás –mentí.

– Pues entonces...

Mi novio dio una gran cucharada a la masa pastosa y su lengua se tiñó de blanco con tropezones. Aún no los había tragado del todo cuando añadió:

– Pues entonces supongo que aún estáis con lo de Inglés.

Se hizo el silencio. Dejé la cucharilla sobre la mesa manchando el tapete. Miré directamente a Rubén con expresión hosca:

– ¿Por qué dices eso?

– No lo sé. Todo el mundo habla de Antonio Inglés últimamente.

Fruncí los labios. Tenía razón pero de alguna forma no la tenía. Todo el mundo habló en su día de Inglés cuando por fin se detuvo al asesino de las niñas de Alcasser en Barcelona. También cuando se le condenó a solo diez años por tenencia ilícita de armas y otros delitos menores. Los asesinatos habían prescrito y se le impuso una pena durísima por unos cargos que a cualquier otro no le habrían ni siquiera llevado a la cárcel. Se le estaba condenando en par-

te por aquellos crímenes a los que la justicia ya no alcanzaba, eso lo sabíamos todos. Sin embargo, cuando realmente se comenzó a hablar de Inglés fue cuando cumplió los seis primeros años de condena y pudo optar al tercer grado. Cuando tiempo atrás alcanzó el segundo grado, después de superar la cuarta parte del tiempo que estipulaba la sentencia, era evidente que no obtendría beneficios penitenciarios. Cualquier juez se escudaría en la alarma social que provocaría el que Inglés saliese a la calle de permiso. Pero ahora que podía pedir el tercer grado las cosas cambiaban. Todo el mundo odiaba la posibilidad de verlo de nuevo en la calle, un asesino, torturador y violador de tres niñas de 14 y 15 años. Nadie quería que aquello pasase. Pero iba pasar. Inevitablemente.

– No te creas –repuse–. La gente está harta pero también un poco resignada. Lo hemos intentado todo, incluso la fiscalía del Estado ha probado con todas las triquiñuelas legales posibles e imaginables. Pero no podemos evitar que salga a la calle, no cuando se le condenó por naderías. Pronto volverá a ser un hombre libre mal que nos pese a todos.

– Tú te criaste en Alcasser y conociste personalmente a las tres chicas. Supongo que te debe doler más que a la mayoría.

Miré a Rubén con un gesto renovadamente hosco. Él sonreía, con un estúpido grano de arroz colgándole del labio inferior. A veces me preguntaba por qué llevaba tres años conviviendo con él. Era cariñoso, era dulce y yo estaba un poco harta de los tíos cabrones que en el pasado habían poblado mi vida. Pero tal vez merecía algo más. Alguien cuya conversación no me enervase y que no estuviese tan satisfecho de cómo le quedaba el arroz con leche.

– Sí. Soy de Alcasser. Y sí, a mí me duele más que a la mayoría y por eso hice cuanto pude para que le condenasen a una larga pena. Mi asociación se presentó como acusación particular, di ruedas de prensa y traté de presionar a

la opinión pública para que nadie aceptase una pena menor para Anglés. Pero le cayó la pena más alta que permitía el código penal y ahora saldrá a la calle. A largo plazo, mi esfuerzo no ha servido de nada, así que preferiría que no me lo recordases.

Rubén seguía sonriendo. Era moreno, no muy alto, llevaba unas trenzas rastas muy bien cuidadas y vestía de una manera informal, como si fuese un artista y no un ingeniero industrial de cierto prestigio. A veces pensaba que no se tomaba la vida en serio. Otras, todo lo contrario.

– Eres una gran abogada y una célebre periodista de investigación. ¡La gran Gloria Goldar! Recuerdo bien cuando tu cara salía a toda página en las revistas, mucho antes de conocerte en persona. No deberías haber dejado de hacer artículos ni tu trabajo en el bufete... todo para dirigir la Asociación Egeria. Tú misma me has dicho muchas veces que cobras la mitad que antes y...

– Eso ya lo hemos hablado, en efecto –le interrumpí–. Cobro la mitad pero soy más feliz. Creo que también te lo dije.

Comenzaba a estar a la defensiva, y no solo por el arroz con leche. Aquella conversación me sacaba de quicio.

– Yo no te veo más feliz sino siempre preocupada por alguna injusticia, aquí y allá. Nunca se detienen. Egeria siempre tiene más obligaciones que personal. No hay día que no aparezca un violador, un asesino o un...

– Soy más feliz, Rubén. Soy más feliz sobre todo cuando no estoy hablando de estas cosas contigo – le interrumpí por segunda vez.

Mi novio (seguramente pronto ex novio) recogió aquel maldito grano de arroz de su labio y se quedó mirando su dedo anular un par de segundos, antes de decir:

- A este arroz con leche le falta canela.
- A este arroz con leche le sobra arroz con leche.
- ¿Cómo?
- Estoy harta de tu jodido arroz con leche.

Rubén ya no sonreía. No estaba enojado, ya que él jamás se enfadaba. Parecía más que nada sorprendido:

– Creí que te encantaba mi arroz con leche.

– Me encantó las primeras mil veces que lo probé. Las segundas mil veces comencé a cansarme y actualmente preferiría estar comiendo un puñado de alfalfa.

Le miré directamente a los ojos y percibí que sonreía de nuevo.

– Estás algo mosqueada. Lo entiendo. No debería haber sacado el tema de las niñas ni de Anglés.

– Con tu inteligencia y tu capacidad para saber lo que piensan los demás, no entiendo cómo no estudiaste para psicólogo en lugar de hacerte ingeniero industrial y trabajar para una multinacional como FSY Electronics.

Rubén soltó una carcajada y vi volar cerca de mi cabeza una pequeña bola de cañón formada por trozos medio digeridos de arroz con leche. Volví a preguntarme qué hacía allí, con aquel hombre, teniendo aquella conversación cuando podría estar sola, comiendo otra cosa y no hablando de absolutamente nada con nadie.

– Mira que eres mala cuando quieres, Gloria – dijo, alargando su brazo y acariciándome la mejilla –. Por eso me gustas tanto, porque siempre tienes una frase irónica a punto y eso me encant...

Esta vez no interrumpió al gran chef del arroz con leche ninguna de mis invectivas sino el sonido del teléfono. No eran nuestros móviles sino el teléfono fijo. Esto era muy extraño. De hecho, alguna vez había pensado en darlo de baja y solo lo mantenía porque formaba parte del pack que pagaba a mi compañía de teléfono, junto a los móviles y la televisión digital. Cuando sonaba era siempre una llamada de trabajo, de FSY Electronics o de la Asociación Egeria. Sin embargo, en esta ocasión no era ninguna de esas dos posibilidades que yo estaba manejando, sino una tercera que cambiaría para siempre mi vida y convertiría aquel momento anodino de mi existencia en el más extraordinario y

a la vez más terrible de cuantos había vivido hasta entonces.

– Supongo que me está gastando una broma – estaba diciéndole Rubén a su interlocutor al otro lado de la línea.

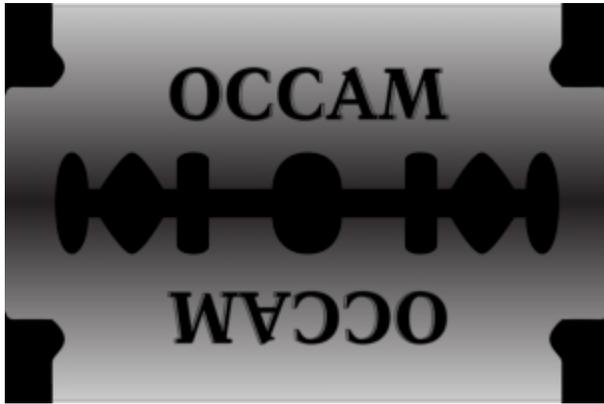
Y luego, tras un instante en el que escuchó el sonido del auricular con gesto de estupefacción, añadió:

– Ahora le pongo con ella. Sí. Está aquí.

Me levanté de la mesa contenta de dejar atrás el arroz con leche. Según me acercaba Rubén alzó el teléfono y me lo entregó mientras me susurraba al oído:

– Qué casualidad más siniestra. No te lo vas a creer. Dice que es el abogado de Antonio Inglés y que quiere hablar contigo antes de pedir el tercer grado.

Informe "Caso Alcasser"



(1992. UN CASO MEDIÁTICO)

LOS HECHOS PROBADOS

Un viernes 13 de noviembre de 1992, Miriam, Desirée y Toñi, tres chicas de 14 y 15 años, salen de sus casas en Alcasser, una localidad valenciana de menos de 10 mil habitantes. Son amigas y juntas van camino de la discoteca Coolor, en la vecina localidad de Picassent.

No llegarán a su destino.

LA VERDAD JUDICIAL

Nos hallamos ante tal vez el caso más mediático de la historia del crimen en España. ¿Tamaña trascendencia influiría en el rumbo de la investigación? ¿Antonio Anglés y Miguel Ricart fueron realmente los culpables? Jueces y fiscales intentaron dar respuesta a esta última cuestión.

LAS DUDAS

Una jauría de medios de comunicación se encargó de nutrir a las masas de información sobre el caso. A menudo información sesgada, opiniones con poca base y muchas veces sensacionalistas. Comenzaba no solo la telebasura sino que estaban aún por escribir los códigos éticos con que radios y televisiones tratarían más tarde casos de esta envergadura. En el crimen de Alcasser todo valió para conseguir audiencia; a cualquier teoría, por más fantasiosa o infundada que fuera, se le daba pábulo en horas interminables de debates. Y es por ello que la mayor parte de los españoles, a día de hoy, no conocen realmente el caso, siendo más conocidas las fábulas, las teorías alternativas.

PRIMERA PARTE

EL TRATO